

descripción de una ideología

por Alfonso Peralta

En principio de cuentas, el título comercial de esta obra* no corresponde para nada con su contenido real o temático, ni mucho menos tiene algo que ver con el desarrollo original y sugerente que su autor ofrece de un texto marginal de *El Capital* donde señala Marx la relación entre la filosofía cartesiana y el periodo de la producción manufacturera.

Lo que en *El Capital* no ha pasado de ser más que un señalamiento ocasional en una nota de pie de página: "Allí donde la máquina desplaza a los caballos o bestias de labor en general, empleados como simple fuerza de trabajo, y no como máquinas de intercambio de materias, esta parte de labor añadido por la máquina descien- de en términos absolutos y relativos. Diremos de pasada que, al definir los animales como simples máquinas, Descartes ve las cosas con los ojos del periodo manufacturero, a diferencia de la Edad Media, en que las bestias eran consideradas como auxiliares del hombre" (*El Capital*, t. I p. 319), adquiere en el opúsculo de Labastida corporeidad histórica cuando se nos describe con todo detalle el modo de producción económica, la producción manufacturera que determinó la primera concepción científica del mundo en la historia de la filosofía moderna: el mecanicismo de los siglos XVII y XVIII, en particular, y el cartesianismo que es fundador de toda la corriente.

Este propósito original de Labastida: demostrar que la filosofía de Descartes refleja el sistema de producción manufacturera, le llevan a dilucidar una impresionante cantidad de problemas que el marxismo dogmático, ese que se han especializado en divulgar los manuales soviéticos, nunca hubiera podido ni siquiera plantear en una forma que pudiéramos llamar medianamente correcta. En relación con la abrumadora mayoría de tratados del marxismo soviético, predominante aún en los círculos intelectuales, y en gran medida, en las cátedras universitarias, esta obra viene a sentar precedentes, demostrando que en nuestro país es posible aspirar a una interpretación creadora en el campo de la filosofía marxista. Su autor puede legítimamente colocarse al lado de otros tantos autores que vivifican el actual panorama de la investigación social y científica en la América Latina.

Esto último merece una aclaración. Si bien Labastida no ha roto total y definitivamente con el marxismo dogmático como puede observar el lector atento e informado, los momentos más brillantes,

la solución que ofrece a los problemas decisivos que vertebran su libro apuntan exactamente en dirección contraria, hacia la superación de los resabios que ha heredado del marxismo oficial difundido durante ese largo periodo de deformaciones que, en la teoría y la práctica, significó el stalinismo. Por esta razón su obra nos parece importante, e incluso puede uno comenzar a explicarse por qué hasta ahora se le había tenido en el olvido.

Producción, ciencia y sociedad, es en realidad una investigación iniciada en Morelia (cuando, como dice el autor, había libertad de cátedra en su Universidad) que podríamos dividir, para mejor entenderla, en dos partes: una que termina propiamente con el capítulo segundo, otra, desde el apartado tercero en adelante. La primera nos da dos introducciones que tocan centralmente el problema del conocimiento en el marxismo, la explicación de la ley fundamental del análisis histórico materialista acerca de la correlación entre la base económica y los productos ideológicos o superestructurales de una formación económico social.

Explicar el conocimiento en el contexto de una problemática como la que se plantea en Marx pone bajo consideración numerosas cuestiones que se abordan frontalmente: la relación entre sujeto y objeto entendidos como polos antagónicos en la relación de conocimiento, la categoría del reflejo como esencial a todo acto cognoscitivo, el tipo de determinación que establece el marxismo entre la producción material —el nivel económico, para decirlo en términos más populares—, y las formas de conciencia que se producen en cada época histórica; y, por último, el papel determinante de la práctica en el conocimiento. Todo esto se hace aquí con profusión de detalles, citando e interpretando textos de los filósofos clásicos con profundidad y originalidad. Se marca así un abismo definitivo entre el autor y el marxismo de manual que, por ejemplo, intenta grotescamente derivar toda la complejidad de las ideologías, entendidas como productos histórico-sociales, de una oposición bastante abstracta entre el materialismo —el lado bueno de la historia— y el idealismo —el lado malo—, a la manera de un nuevo espíritu hegeliano, sin que sepamos cómo, cuándo y dónde ha comenzado la historia a observar tan extraños comportamientos.

Al rechazar tajantemente estas interpretaciones banales del marxismo, tanto la concepción esquemática y paralizante del gnoseologismo de manual como, en una perspectiva más amplia, el economismo que como categoría totalizante se ha di-

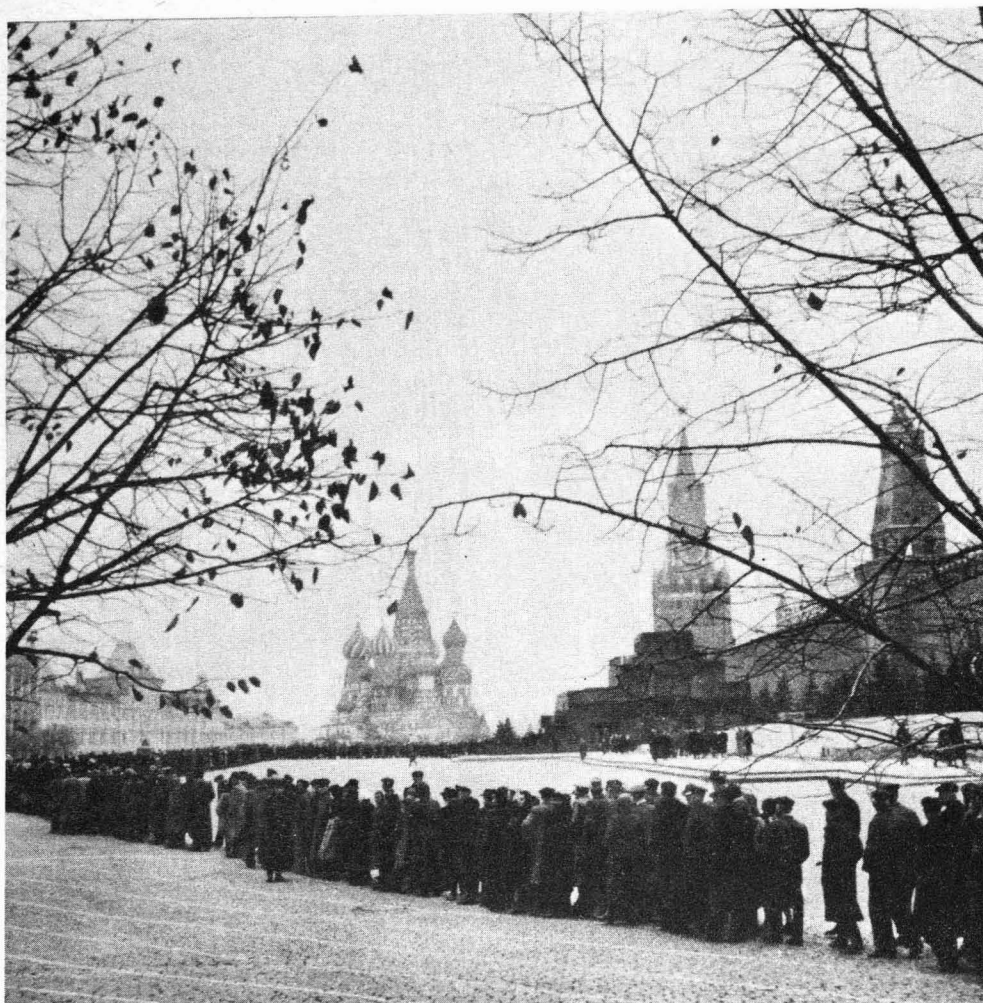
vulgado con amplitud, y ha deformado de paso el alcance profundo del marxismo en el análisis histórico y filosófico; al reivindicar, aunque no con toda la precisión que merece el tema, la independencia y la autonomía relativas de ciertas esferas o niveles de la existencia social respecto a su determinación económica, nuestro joven investigador se encuentra en una situación más favorable para interpretar la historia de la filosofía, en especial el cartesianismo que, como sabemos, es el objetivo de su pequeña pero brillante obra.

En este punto —el tema lo requiere— comienza ofreciéndonos un vivo cuadro histórico de la época cartesiana que, en nuestra opinión, es lo mejor escrito de todo el libro, salvo algunos pequeños deslices o faltas de precisión en términos, como el de considerar *capitalismo* al comercio y la usura, que ya eran comunes, en una escala importante, en las ciudades italianas renacentistas y de fines de la



Edad Media; tal cosa se debe a que el autor no ha comprendido cabalmente que el capitalismo como sistema es una totalidad que aparecerá más tarde, a raíz de la Revolución Industrial y la aparición del proletariado; que la historia no ha estado predeterminada hacia la aparición del capitalismo, sino que, más bien, éste es producto de varios factores "casuales" —el descubrimiento de América, por ejemplo, que determinó la formación del mercado mundial—, que han hecho posible el surgimiento del *mercantilismo generalizado* que es lo que esencialmente constituye el capitalismo. Salvo estas discrepancias, este capítulo nos parece de gran calidad y de mérito indudable, sobre todo en el tratamiento que se hace de la manufactura. En él concluye el autor planteando lo que será el tema de la segunda parte de su investigación: la filosofía de Descartes como reflejo del sistema de producción manufacturero, un conjunto en el que se incluyen: fuerzas productivas, máquinas, trabajo humano potenciado por su división y cooperación, capitalismo usurario, comercial e industrial (?), y las relaciones de producción que surgen de todo esto.

* Jaime Labastida: *Producción, ciencia y sociedad de Descartes a Marx*, México, Siglo XXI, 1969.



Antes de entrar a la segunda parte es imprescindible aclarar un problema. Ante todo, ¿en qué consiste el reflejo del periodo manufacturero que nos da la filosofía cartesiana? ¿Cómo es que se da este reflejo? ¿Qué relación se produce entre el sistema productivo *reflejado* y la filosofía mecanicista *reflejante*?

En otras palabras, si el mecanicismo consiste en considerar al hombre y la naturaleza como máquinas, ¿cómo es que ha llegado Descartes a formular tan radical proposición?

Para responder satisfactoriamente Labastida nos hará dar un rodeo lleno de sugerencias, pues en realidad lo que nos plantean las interrogantes anteriores son, en último análisis, dos cuestiones capitales que hacen más explícita la intención de su obra: qué clase de reflejo se produce en la filosofía cartesiana, es decir, cuál es la vía que sigue Descartes al reflejar la manufactura; cuál es la relación entre el cartesianismo en tanto reflejo y la manufactura, qué tipo de conexión causal puede establecerse entre ambos.

La relación que se da entre estas dos instancias no es de carácter mecánico, pues la causalidad entendida como sucesión temporal causa-efecto, como relación rígida y estrecha no opera ni siquiera en la naturaleza (Engels). Esto quiere decir que para explicar el reflejo debemos recurrir a otros factores: la causalidad que posibilita la libertad subjetiva y de esta manera la presencia determinante del ser concreto individual, de los "grandes hombres" en el marco de una relación indisoluble con la necesidad objetiva que es siempre un producto histórico, un factor de condiciona-

miento. Libertad subjetiva y necesidad objetiva son la síntesis de todo acontecimiento histórico, por ejemplo, el cartesianismo. "Descartes —concluye— *refleja activamente* unas determinadas relaciones de producción, y por supuesto, pudo no haberlas reflejado" (p. 95).

En resumen lo que se refleja en el cartesianismo, tomando en cuenta sus aspectos revolucionarios que no los prejuicios heredados de la Escolástica, eso en que consiste el mecanicismo como doctrina moderna científica, es el todo de un proceso social en el que las máquinas se inscriben. Descartes sólo ha hecho extender el mecanicismo, el concepto de máquina a todo el conjunto de las relaciones sociales bajo la determinación de la producción manufacturera que comienza a ser dominante en su época. El mecanicismo, y con él la filosofía cartesiana, es "expresión" del modo de producción manufacturero.

Esto se demostrará en la segunda parte. Esta comienza dedicándole un capítulo al tema de la concepción renacentista del hombre como amo y señor de la naturaleza, al papel que desempeña socialmente el conocimiento, la ciencia, en esta aspiración técnico-práctica que caracteriza al pensamiento científico moderno. Es sabido que Descartes en los últimos años de su vida elaboró el proyecto de una gran escuela de artes y oficios cuya función específica sería establecer vínculos entre la ciencia "pura" y la técnica artesanal. Cooperación intelectual y aplicación práctica del conocimiento son los dos principios que inspiran esta nueva forma de entender el papel de la ciencia. Esta tesis

es exactamente el reflejo de la división del trabajo y la cooperación simple del periodo manufacturero (p. 105).

Pero eso no es todo. El método cartesiano, al que tanta importancia conceden los filósofos, supone en sus partes esenciales en el análisis de las cosas complejas en sus partes "simples", en la composición del todo complejo después de aprehender claramente sus partes simples, que el mundo está ordenado como un inmenso mecanismo de reloj.

Aún más. La teoría mecánica del conocimiento, el innatismo de las ideas en Descartes, independientemente del problema que traten de resolver, sea el conocimiento *a priori*, sean las verdades matemáticas, no son más que una aplicación del concepto de causalidad entendida mecánicamente. Las ideas innatas se derivan de Dios, que es "causa" de ellas por su perfección suma, aplicando el principio de que lo inferior proviene de lo superior. El Dios cartesiano no podrá comprenderse tampoco —desde luego posee los tradicionales atributos de la Escolástica: sustancia infinita, eterna, omnisapiente, omnipotente, etcétera—, sin hacer un recorrido por la física cartesiana.

Dios es uno de los sentidos que tiene la sustancia cartesiana. Ella ha creado la sustancia extensa, el universo cartesiano que no es otra cosa que la "geometría realizada" (Koyré). Ha creado el movimiento, y su propósito actual es conservar la cantidad de movimiento. Esto lo hace de acuerdo con las leyes mecánicas, a las que incluso tendrá que someterse el mismo Creador. Con lo que se ve que Descartes no sólo refleja el periodo manufacturero, según observa correctamente Labastida, sino que es un eslabón importantísimo en la formulación del ateísmo moderno. Este Dios cartesiano que ha renunciado a los milagros, además ha nacido muerto. Su derivación más consecuente es el Dios de Spinoza, que no es más que la naturaleza reivindicada y llevada por el mecanicismo a una altura que contradice término a término a la Escolástica, y pone en crisis la conciencia europea del siglo XVII.

Este concepto de Dios, el concepto de tiempo, de movimiento en la filosofía que se ha examinado no podrían sostenerse sin la mediación de una concepción de fondo que se apoya en supuestos que en un nivel complejo reproducen los elementos esenciales de la producción manufacturera. Esta es la conclusión hacia la que nos lleva, finalmente, la lectura de este importante libro de Jaime Labastida.

Este resulta una excursión exitosa en el campo de la descripción de una ideología científica que ocasionó cambios muy profundos en las concepciones de la clase creadora de una nueva realidad social, portadora de un nuevo concepto del trabajo, llamada en fin, a crear una civilización universal: la burguesía europea que comenzó a gestarse desde el siglo XIII y XIV.

A pesar de sus carencias, creemos que este libro es básico para todo aquel que se interese siempre en aprender cosas nuevas.